

Y aquel que sacrificó su vida por libertar al hombre de la esclavitud del demonio, ¿podía reprobarnos, por ventura, el que se sacrificasen sus templos y sus tesoros para emancipar al hombre de la esclavitud de los hombres?

Si tal era el celo colectivo del Catolicismo por la libertad del hombre, no es menos heroico el individual de sus hijos. ¿Á quién no asombra el sacrificio de san Paulino de Nola, ofreciéndose á la esclavitud por rescatar al hijo de una pobre viuda? San Clemente de Roma conocia ya á muchos cristianos que habian librado á otros de las cadenas poniéndoselas ellos; y á muchos tambien que se habian hecho esclavos para emplear el precio de su libertad en alimentar á los pobres (1). Y ¡qué caridad para con los encarcelados! San Cipriano se vió en la necesidad de reprimir el celo de su clero en esta parte, porque tantos eclesiásticos y tan asiduamente se ejercitaban en esta obra, que el santo Doctor temió que se les privase la entrada en los calabozos (2).

Despues de presentar insuficientes para la grande obra de la redencion de los cautivos (cuyo número aumentaron considerablemente las guerras contra los infieles), las armas, la astucia y el dinero, sin una direccion organizada, hace esta pregunta el inmortal Balmes: «¿Qué recurso quedaba pues? «El recurso piadoso, contesta (3), que tiene siempre á mano «la religion católica, su secreto para llevar á cabo las mayores empresas de caridad.

«Para acudir al socorro de los infelices cautivos, hubiera «parecido sin duda pensamiento muy feliz el de una vasta «asociacion que extendida por todas las comarcas de Europa se hallase en relaciones con cuantos cristianos pudiesen «contribuir con sus limosnas á obra tan santa, y que además «tuviera siempre á la mano una porcion de individuos prontos á surcar los mares y resueltos, si fuere menester, á arrostrar por el rescate de sus prójimos el cautiverio y la «muerte. De esta manera se lograba la reunion de muchos

«quam metallorum.» (San Ambrosio, *De officiis ministrorum*, lib. XI, cap. 28). El que quiera enterarse á fondo en esta materia lea la célebre obra de cotejo del Sr. Balmes.

(1) Epist. I, num. 55.

(2) «Cauter hoc et non glomeratim... ne... introeundi aditus denegatur, et dum insatiabiles (¡cuánto dice esta palabra!) totum volumus, totum perdamus.» (*Epistola IV ad Presbyteros et Diaconos*).

(3) *El Protestantismo comparado*, cap. 44.

«medios; se aseguraba la buena inversion de los caudales; «las negociaciones para la redencion de los cautivos tenian «la seguridad de ser conducidas por hombres celosos y experimentados, es decir, que esa asociacion llenaba cumplidamente su objeto, y desde su planteo podian los cristianos esperar socorros mas pronto y eficaces. Hé aquí cabalmente el pensamiento realizado en la institucion de las «Órdenes para la redencion de cautivos.» Pero volvamos nuestra consideracion á la Reforma.

¿Qué dirémos? nada, porque no podemos: embárganos la lengua la indignacion de que el pecho rebosa al pensar que el Protestantismo se opuso bárbaramente á esta grandiosa tarea de redencion, y que en su accion destructora y en su mision cruel y funesta no perdonó las asociaciones é institutos redentores. El corazon se indigna al considerar que hombres y naciones que incesantemente están vociferando *libertad, libertad*, estén ejerciendo un despotismo moral y una desapiadacion cruel en millones de infelices que perecen de extenuacion, de miseria, ó abrumados de trabajos excesivos. *Prosperidad universal, grandeza nacional*. Ved aquí (prescindiendo de las bayonetas que están reservadas para si no quieren ser buenos) las mágicas exclamaciones con que procuran dorar á los ojos de aquellos desgraciados las ocultas cadenas de su paliada, pero verdadera esclavitud. Y ¿qué dirémos de los infelices indios? «Es asombroso, «(nótese que habla un inglés), que un pueblo que habla con «tanto calor de la libertad política, no tenga el menor escrúpulo en reducir una parte de los habitantes del globo á un «estado en que están, no solamente privados de toda propiedad, sino tambien de toda especie de derecho (1).» Asegúrase que el derecho de visita de los *humanitarios* ingleses no es mas que un espionaje encubierto, y que si reprime el tráfico es con el objeto de perjudicar á las colonias extranjeras arrebatándolas unos brazos que ellos no necesitan en las suyas. No es muy aventurado afirmar esto de una nacion que toda es cálculo; ni tendríamos inconveniente en cargar sobre nosotros la responsabilidad de la asercion. «Feliz política «aquella cuyas arterias son conformes con las santas leyes «de la humanidad.»

Sí: horrorizanos ese malhadado Protestantismo al pensar

(1) *Observ. sur les comin. de la société*, par Millar.

que ha restablecido legalmente aquella misma esclavitud cuya abolición tanto honra al Catolicismo; y no la esclavitud del crimen, que aun así es bárbara, sino la esclavitud de la miseria y del infortunio (1)... No podemos decir mas: el silencio es muchas veces mas elocuente que la palabra (*).

En cuanto á los sofistas, es bien sabido que algunos de los que mas declamaron contra el comercio de negros, reunieron grandes capitales con este tráfico: hé aquí la humanidad que inspira su filosofía.

(1) Sabido es que la legislación protestante inglesa ha llegado hasta decretar la esclavitud del pordiosero.

(*) El Gobierno y la nación española han sido este año objeto de las invectivas mas violentas de parte de lord Palmerston en la Cámara inglesa, acusándola de protectora del tráfico de negros. Esta calumnia dió márgen en nuestro Senado á la interpelacion del Sr. Marqués de la Habana rechazándola indignado y probando ser tal con testimonios irrecusables, haciendo tambien notar que el Ministro inglés no tenia ni una sola palabra de reprobacion contra los Estados-Unidos cuya bandera cubre tan inmoral tráfico, por humillarse su altivez antelas pacas de algodón. El Sr. Duque de Tetuan rechazó igualmente tan indignas acusaciones, recordando en prueba de ello la construccion acordada de diez goletas de hélice destinadas á perseguir el contrabando negrero, y las órdenes terminantes dadas á los cruceros sobre inspeccion y visita de todos los buques sospechosos, aun los *ingleses*. Precisamente acababa entonces el Gobierno español de recibir de lord John Russell, ministro de Negocios extranjeros, el parabien del Gobierno de S. M. B. por el apresamiento de varios *buques* negreros hecho por fuerzas navales de S. M. C. Desde que lord Palmerston se permitió injuriar tan indignamente á la nación española se han apresado varios buques de los Estados-Unidos, únicos que hoy hacen el infame tráfico. En el momento que escribimos esto anuncian los periódicos la captura de otro buque con cargamento de setecientos negros. (*Crónica de ambos mundos*, n. 233, octubre 26 de 1861).

El pecho de todo hombre imparcial y honrado rebosa de indignacion al considerar que la nación cuyos hombres de gobierno así se permiten tratar á la nuestra, tiene reducida buena parte de los habitantes del globo á la esclavitud mas dura y hasta infame, porque no es solamente la esclavitud física, importa poco que no sea legal, el hecho es el mismo; sino tambien la esclavitud moral, empleando las cadenas de la ignorancia y de la degradacion. Ya se ve, temen convertir los brutos en hombres, porque estos no tascan tan bien el freno. Un autor inglés escribió á fines del siglo pasado la atroz tiranía física y comercial de sus compatriotas en Bengala. (*Anales polít. y lit.* tomo I; *Estado civil, político y comercial de Bengala*, tomo I... ¿Es acaso hoy menos atroz el despotismo que ejercen en los infelices indios? ¿No ha sido él la causa de los últimos alzamientos que desgraciadamente para ellos no han tenido otro resultado que remacharles mas las cadenas?

§ VII.—SÉPTIMA: *Enterrar los muertos* (1).

«Ninguna accion mas hermosa, dice san Ambrosio; por ella se hace un bien al que ya no puede pagarle, y se preserva al semejante de las aves de rapiña y de las garras de las fieras. Se sabe que las mismas fieras se dispensan mutuamente este piadoso servicio, ¡y habian de negarle los «hombres (2)!»

Última obra de misericordia en el orden de las corporales, porque efectivamente ella es el último beneficio que podemos dispensar al cuerpo; así como *rogar por vivos y muertos* es la última entre las espirituales; porque respecto de los muertos ya no nos queda que hacer *otra cosa*; y respecto de los vivos tampoco nos queda que hacer *otra cosa mejor*. No las dió, pues, una colocacion arbitraria el sábio compilador del Catecismo.

Siempre ha bendecido el Catolicismo los sepulcros que encierran las cenizas de los que fueron y prescrito su inviolabilidad, porque los restos mortales de aquellos que acabaron una vida de batalla y de prueba en el seno de la Iglesia católica son sagrados, y tienen derecho al respeto y al descanso que ella les procura. El Catolicismo no podia menos de honrar los sepulcros, porque los sepulcros fueron su cuna y sus primeros templos.

El Catolicismo emplea en sus funerales un canto lúgubre, majestuoso y melancólico, y unas oraciones tiernísimas y de profunda filosofía, y todo lleno de una consoladora esperanza. «Cuán admirables son estas oraciones! exclama «Chateaubriand (3); ora son exclamaciones de dolor, ora gritos de esperanza; la Iglesia se regocija, tiembla, confía, «gime y suplica.» Las lecciones de Job, que la Iglesia pone en boca del difunto proclamando la nada y la miseria del hombre, y lo fugaz y veloz de su vida, parece verdaderamente que salen de la tumba. «Los últimos homenajes tri-

(1) «Contege corpus illius; et non despicias sepulturam illius.» (*Eccli.* c. XXXVIII, 16).

(2) «Nihil hoc officio præstantius; ei conferre qui tibi jam non possit reddere, vindicare à volatilibus; vindicare à bestiis consortium naturæ. Feræ hanc humanitatem defunctis corporibus detulisse produntur; homines denegabunt!» (*De Tobia*, lib. unus, cap. 1, num. 5).

(3) *Genio del Cristianismo*.

«butados al hombre serian muy pobres despojados de los «signos de la Religion. La Religion ha nacido en las tumbas, y estas no pueden pasar sin ella; necesario es que la «voz de la esperanza salga del fondo del féretro, y que el «sacerdote del Dios vivo escolte hasta el sepulcro las cenizas del hombre: esto, en cierto modo, es la inmortalidad «que marcha á la cabeza de la muerte (1).»

Los cuidados de la religion católica para con sus hijos no acaban con la muerte ni aun respecto de sus cuerpos, y desde el principio cercó terrenos donde sepultarlos y preservarlos de las garras de los animales carnívoros; lugares que con tan profunda filosofía llamó *dormitorios*, que esto significa la palabra griega latinizada *cœmeteria*, y creó á sus expensas el cuerpo de parabolanos ó copiatos fosores y leccionarios ó decani, que tomaban á su cargo el cuidado de los entierros y todo lo concerniente á ellos, como en los tiempos modernos lo toman los celitas. Allá en la misma ley antigua existió un santo varon (2) que se levantaba de la mesa para dar sepultura á los cadáveres, sin que le retrajese de su piadosa obra el miedo de la muerte. Juliano pretendia en vano que su resucitado paganismo imitase la solicitud de los cristianos en esta parte (3).

Verdad es que el Paganismo enterraba tambien ó quemaba sus cadáveres; pero además de que en épocas de contagio y mortandad los abandonaba insepultos, teniendo en su virtud que acudir la caridad cristiana á darles sepultura, como escribe Eusebio (4) que sucedió en la peste de Egipto, copiando una carta testifical de Dionisio Alejandrino, por

(1) *Genio del Cristianismo.*

(2) Tob. II.

(3) «Et in sepeliendis mortuis sollicita diligentia.» (*Epist. á Arsacio.*—En Sozomeno, *Historia eclesiástica*, lib. V, cap. 16).

(4) «Nam et eos qui ægrotare inceperant exturbabant, et charissimos refugiebant, eosque in viis semineces destituebant; aut mortuos insepultos projeciebant aversantes mortis participationem et societatem.» (*Hist. eccles.* lib. VII ad XXII. Cum autem brevissimo temporis spatio, «nos et illi respirassemus, repente ingruit lues illa ipsis quidem res omnium formidolosissima et calamitosissima... Plurimi quidem ex fratribus nostris ob nimiam charitatem curam omnem propriæ salutis abdicantes, sibique mutuo adhærescentes, dum ægros secure atque audacter invisunt, eisque assidue ministrant et curationem adhibent in Christo, una cum illis mortui sunt, aliorum ægritudine libentissime sese implentes... Et hoc quidem pacto optimi quique ex fratribus nostris quorum nonnulli præbyteri erant ac diaconi... Gentiles vero prorsus contraria his egerunt.»

lo cual los cristianos fueron admirados y elogiados, hasta por aquel Emperador apóstata (1); además de todo esto, repetimos, no vigilaba con tanto celo sobre la inviolabilidad de los sepulcros y el reposo de los muertos como el Cristianismo, dado que los sepultaba á la orilla de los caminos y otros sitios abiertos y públicos, en que estaban expuestos á la voracidad de las bestias; abandonándolos tambien con frecuencia insepultos, aun fuera de épocas de contagio, como les acriminaba Lactancio, quien advierte que no faltaban filósofos gentiles que lo aplaudiesen (2). Los parsis abandonan los cadáveres á merced de las aves carnívoras.

Durante las persecuciones fueron enterrados los cristianos en las cavernas subterráneas, llamadas catacumbas. Dada por Constantino la paz á la Iglesia, esta edificó sus cementerios fuera de las poblaciones, obedeciendo las leyes romanas (3), que prohibian enterrar los cadáveres dentro de ellas. En España los Concilios acreditan tambien esta prohibicion confirmada por ellos (4); y en Francia las Capitulares de Carlomagno. Sin embargo, los reyes y emperadores inauguraron la costumbre de enterrarse dentro de las ciudades, en los atrios y pórticos de los templos (5), por privilegio que les concedió la Iglesia, á cuyos sitios eran conducidos despues todos los cadáveres; hasta que por último, siendo los primeros los obispos, los abades y los hombres ilustres, á todos les fue concedido el derecho de sepultura dentro de los templos, que es la disciplina vigente de la Iglesia (6).

Pero esta disciplina ha sido reputada perjudicial y nociva á la salud pública, y los cadáveres se ven otra vez lanzados, no solo de las iglesias, sino tambien de las poblaciones, y conducidos á una distancia prudente de ellas (*).

(1) *Epist. LXII á Arsacio.*

(2) «Quin etiam non defuerunt qui supervacaneam facerent sepulturam, nihilque esse dicerent, mali jacere inhumatum atque abjectum.» (*Divin. instit.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 12).

(3) De las Doce Tablas.

(4) Conc. I de Braga, tit. 18; concilios de Leon de 1267 y 1288.

(5) Así lo afirma de Constant. M. Eusebio en su *vida*, y de los dos Teodosios y Arcadio, Nicéforo, lib. XIV, cap. 58.

(6) *Devoti, Inst. can.* lib. 2, tit. 9, *De sepulturis.*

(*) En aquellos tiempos, especialmente en los siglos VIII y IX, no faltaron vivas oposiciones, hasta de concilios provinciales, á la introduccion de la costumbre de enterrar dentro de las poblaciones y en los templos; y es extraño que no alegaran razon alguna de higiene.

Aunque no somos versados en la higiene, reconocemos sin dificultad la precaucion y la salubridad de esta medida; mas nos parece que no han disminuido gran cosa las defunciones desde que los cadáveres han sido relegados desde las iglesias á los campos santos. Pero si razones higiénicas han dictado esta innovacion, ¿cómo es que estas mismas razones no dictan otras no menos útiles para la salud pública? Y ¿está probado tampoco que el deseo *siempre laudable* de alejar de las poblaciones todo principio de contagio haya sido el *único* motivo de esta medida? «Enhorabuena, dirémos aquí con Bergier, que es buenísimo separar de las ciudades «todo principio de contagio; pero se dejan subsistir en ellas «lugares de disolucion cien veces mas mortíferos que la sepultura de los muertos. Entre los que vituperan con tanta «acrimonia el antiguo uso, ¡cuántos quizás no tratan mas «que de alejar todas las ideas fúnebres, para disfrutar de los «placeres sin mezcla de amargura ni remordimientos, y que «quieren paliar este epicureismo bajo pretexto de bien público! Se trata de poner economía en todas las ceremonias «de la Religion, mientras que nada se escasea cuando se trata de satisfacer un gusto desenfrenado por los placeres (1).»

En el Cristianismo católico los vivos y los difuntos no forman sino una sola sociedad, y expulsando á estos de las iglesias, que era el único lugar de cita para la reunion y conferencia de unos y otros, se ha cortado esta comunicacion tan frecuente como consoladora para todos. La comunión de los fieles y de los santos de Dios es una comunicacion universal, omnímota; no es una comunión solamente de méritos, de oraciones y de alivios, digámoslo así, *por escrito*, es tambien una comunicacion verbal, una conversacion.

Mientras se han sepultado los cadáveres en las iglesias, los vivos y los difuntos se hablaban todos los días: la madre, la esposa y el huérfano creían oír en las pulsaciones de las campanas la voz del hijo querido, del esposo amado, ó de los padres reverenciados que les llamaban á conversar. Marchan á la iglesia embebidos en cierta ilusion piadosa, entran en ella, y haciendo la señal de la cruz con el agua bendita, sus piés y sus ojos impelidos de una fuerza irresistible se dirigen á la losa que cubre el objeto amado. Póstranse en ella de rodillas, y despues de tributar la reverencia y gra-

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Funerales*.

cias debidas al Ser supremo, empiezan en su recogimiento religioso á dirigirle fervientes oraciones en favor del alma de aquel cuyo cuerpo parece que quieren volver á la vida con el calor de los suyos y con los profundos gemidos de sus corazones; y tal vez en el mismo instante está el alma en el purgatorio ó en otro lugar mas feliz implorando del Señor socorros y gracias para esa misma persona que dejó desamparada en el mundo (*). Las almas mismas del purgatorio reciben tambien alguna consolacion mas (permítasenos esta halagüena hipérbole), sabiendo que sus cuerpos, que algun dia se les volverán á unir para gloriarse con ellas, están oyendo y siendo testigos de la misa que el sacerdote del Señor celebra en sufragio y alivio suyo. ¡Ah! los restos mortales que yacen en el sepulcro saltan sin duda de regocijo y de alegría en aquel ansiado momento en que el alma vuela desde el purgatorio á las mansiones eternas! Nuestros antepasados, pues, al entrar en las iglesias habrán desconocido, si se quiere, los intereses y las necesidades del cuerpo; pero no puede negarse que en ello han conocido

(*) «En la época, dice Chateaubriand, en que en nuestro país se quitaron los sepulcros de las iglesias, el pueblo, que no es tan previsor como los filósofos, ni tiene las mismas razones que estos para temer el fin de su vida, se opuso al abandono de las antiguas sepulturas. Y con efecto, ¿qué título podían alegar los nuevos cementerios para sobreponerse á los antiguos? ¿Dónde estaban sus hiedras, sus tejos, sus céspedes alimentados hacia tantos siglos con los bienes de las tumbas? ¿Podrían ellos mostrar los huesos sagrados de los abuelos, el templo, la casa del médico espiritual, y, en fin, aquel aparato de religion que prometia, que aseguraba un renacimiento muy próximo? En lugar de esos cementerios frecuentados nos señalaron en algun arrabal un cercado solitario abandonado de los vivos y de los recuerdos, y en donde la muerte, despojada de todo signo de esperanza, parecia que debiese ser eterna.» (*Genio del Cristianismo*, parte 1, lib. IV, cap. 2).

Cuando, en virtud de las leyes vigentes de nuestra nacion, tratase en el pueblo en que primeramente fué párroco de construir un nuevo campo santo fuera de él, tanto desconsolaba á sus religiosos vecinos la idea de ser enterrados en este lugar apartado, que hasta envidiaban á los que morían antes de emprender la obra, *porque allí tan distantes, decían, nadie se ha de acordar de nosotros para rezarnos.*

Por último, estoy muy distante de abogar porque se restablezca el uso de enterrar en las iglesias, el cual es ó puede ser nocivo para la salud, pero tampoco me atrevo como el Sr. Lafuente en su *Historia eclesiástica* á llamar *indecente* esta costumbre. Creo que ningun católico debe permitirse dar semejantes calificaciones á nada de cuanto pertenezca á la disciplina de la Iglesia, aun cuando realmente las mereciera. Dispénsese este autor de reconocida erudicion y talento. De desear sería ver substituida aquella palabra por la de *inconveniente* ó otra semejante. El que habla es admirador suyo, no impugnador.

exactamente las necesidades del espíritu y las armonías de la Religión, y que han obedecido á las mas sublimes inspiraciones en el órden del sentimiento. No debemos vituperarles, si prefiriendo lo segundo á lo primero no fueron de nuestro gusto.

Y ¿cómo se conducen la Reforma y las sectas filosóficas con los cadáveres de sus infelices y desgraciados prosélitos? ¿Dónde están sus celitas ó hermanos sepultureros, ó cosa que se les parezca?

Dirémos únicamente que no concebimos que puedan ser caritativos con los muertos cuando han hecho desaparecer la caridad de entre los vivos, y tampoco concebimos que pueda inspirarles compasion en el sepulcro aquella persona que abandonaron con inhumana dureza y vil cobardía en el lecho de muerte.

Pasemos ya á examinar los principales beneficios que podemos dispensar al espíritu, recorriendo ligeramente las obras espirituales misericordiosas del Catolicismo, las cuales, como dice Gaume, al paso que revelan la infinita sabiduría que las dictó, presentan en toda su desnudez el divino corazón de Nuestro Señor. «Ellas son otros tantos remedios «y recursos puestos en el camino de la vida, ya para curar, «ya para guarecer al alma de sus enfermedades, siendo im-
«posible discurrir mejor un órden de auxilios mas bien *tra-*
«*bados*, mas completos y mas propios para asegurar la salud
«del alma, y por consiguiente su dicha y la de la sociedad
«de que es inseparable (1).»

CAPÍTULO VI.

OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA.

§ I.—PRIMERA: *Enseñar al que no sabe* (2).

No puede negarse que la ignorancia degrada é infelicitá al hombre, y esta es una de las muy pocas materias sobre las que discurrió con acierto la filosofía pagana, al decir que á la ignorancia acompaña con frecuencia la miseria y la es-

(1) *Catecismo de Perseverancia*, parte 2, leccion XLVI.

(2) «Qui suscipit animas sapiens est.» (*Prov.* XI, 30).

clavitud moral, y que únicamente el sábio es en realidad *rico y libre* (1).

La sabiduría es la cosa que mas eleva y dignifica al hombre en el órden natural, y lo que inspira la admiracion mas pura y simpática. Generalmente al sábio se le admira y á la vez se le ama ó inspira al menos simpatías; mas á otras personas justamente célebres por otro concepto que el de la ciencia, tambien se las admira, pero no siempre va unida á la admiracion la simpatía, y aun á veces se la une el temor. La admiracion que inspira la ciencia es tambien la mas asombrosa de todas las admiraciones, porque es inspirada por un objeto de difícil adquisicion, y sabido es que el hombre no admira tanto lo *que se persuade* que él tambien puede hacer, aunque en realidad no sea capaz de hacerlo, como lo *que cree* que no puede hacer, engañándose aunque fuera capaz de hacerlo. Ninguno hay que al oír un rasgo de valor militar, de heroismo, de abnegacion y de sacrificio, no se crea capaz de hacer lo mismo si se hallara en igual caso, porque todos tienen dentro de su pecho, unos mas vivos que otros, los móviles que les sugieren esta persuasion, á saber, el entusiasmo, el coraje, el amor á la patria, la compasion, etc. Pero si estos mismos oyen hablar de la gran ciencia de una persona, ya no se sienten con fuerzas para imitarla, y se anonadan ante ella, porque les falta aquello que les prestaria estas fuerzas, que es el talento y la natural capacidad, las cuales no están en su mano. Resulta que la mayor ó menor admiracion del hombre hácia el hombre no proviene de la mayor ó menor grandeza ó maravilla de la cosa admirada, sino del mayor ó menor sentimiento de fuerzas propias para hacer lo mismo. Pero nos distraemos.

Si la ignorancia hace infeliz al hombre tanto como la ciencia y la ilustracion le hacen dichoso; si la ignorancia le degrada (como que es precisamente un efecto de su prevaricacion que fue la degradacion primera, inmensa y origen de todas las demás degradaciones); si la ignorancia, repetimos, le degrada, tanto como la ciencia le dignifica, es evidente que el Catolicismo, que impulsado por el *docete omnes gentes* con que su Autor divino envió á los Apóstoles (*), improvisó doquiera púlpitos, abrió cátedras, estableció biblio-

(1) Cicero, *Paraísova ad M. Brutum*.

(*) Última órden que les dió, y por lo tanto de las mas esenciales, da-